

# Prólogo al libro “Mujeres y militancia” de Marcelo Barrera

Fernando Proto Gutierrez – Buenos Aires

Datos del Libro: Marcelo Barrera (2013), *Mujeres y militancia: El caso de la Federación de trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat*, Dictus Publishing, Saarbrücken.

*Liberté, égalité, fraternité...* ha sido la articulación tripartita *principal* de una comprensión liberal del estado-nación moderno, fundado en la soberanía de la tierra (es anecdótico que, durante la ocupación nazi de Francia, Vichy sustituyera el lema revolucionario por la frase *Travail, famille, patrie...* apelando al sentido romántico-político del ideario nacionalsocialista). Luego, la sustantivación esencialista de la *liberación*, devenida en mera *libertad*—en cuanto estado subjetivo o colectivo *hipostasiado*—, constituyó el aspecto cardinal del liberalismo en lo referido a la garantía estatal de las libertades individuales, v.gr: Nozick, más fue propio de la *igualdad* ser sustrato de las corrientes anarco-socialistas, socialistas utópicas y comunistas en el siglo XIX y XX.

Antonio Baggio especula, por tanto, que la fraternidad había sido *el principio olvidado* como categoría política con la cual se mediara el conflicto social; de aquí que el ultraliberalismo individualista—afincado a instancias del *ego cogito* cartesiano burgués— entrara *directamente* en conflicto, especialmente en el siglo XX, con la dimensión paradigmática de quienes asumían la lucha entre oprimidos y opresores como fase dialéctica con la cual establecer una sociedad igualitaria en sí.

La introducción de la fraternidad es, luego, lo que posibilita pensar en una dialógica horizontal entre ambos esquemas políticos, en tanto mediación simbólica que supone la preexistencia de la *comunidad humana* como entramado conflictivo que, según Enrique del Percio, al optar por el par fraternidad-libertad, escoge la *liberación*, al tiempo que elige la *justicia social* cuando a la igualdad le precede la fraternidad, implicando en dicha dialógica alterativa entre un *tú* y un *yo* al tercero, a decir verdad, al *testigo*—en palabras de Jean-Luc Marion—.

La dinamización que la fraternidad opera haciendo salir-se de sí a la *liberación* y a la *justicia social* es, sin embargo, insuficiente para pensar en América Latina/Abya-Yala y, en esencia, la *situacionalidad* de la lucha militante que se despliega *en-co-esta-tierra*.

En su ascenso a Santa Ana en el Cuzco es donde Rodolfo Kusch advierte la condición adversa de la América profunda, en la que “las calles hienden, que hiende el mendigo y la india vieja”[1], escenario no muy distinto al que Marcelo Barrera vivenciara en el descenso—desde el tren, a Berazategui—, con barrios de clases populares, casas humildes y barro... de trabajadores/as, desocupados/as y marginales, excluidos y *desmundados* de toda posibilidad de pulcritud, de toda civilización tejida por el cetro de la propiedad individual y del progreso, porque el *todo* les ha sido ya despojado: la industria, el trabajo, el techo... todo, excepto la tierra...

La *liberación* y la *justicia social* no operan sino por la fraternidad como mediación simbólica en la que han de co-implicarse la *lucha* y la *resistencia* como actos interdependientes y co-originarios que suponen la opresión y la desigualdad; en este sentido, la historia ha sedimentado una matriz de dependencia, invisibilización y negaciones en torno al *bárbaro* como figura devenida en *nuda vida* animalizada

Claudia Leal (2010:404-405) ha hallado en las palabras del político neogranadino José María Samper el núcleo fundacional de dicha matriz de opresión, cuando éste declaraba en el siglo XIX: “La evidente inferioridad de las razas madres (la africana negra y la indígena cobriza) y su degradación más o menos profunda, auxiliadas por un clima en que todo se fomenta... han producido en el zambo una raza de animales cuyas formas y facultades la humanidad tiene repugnancia en encontrar su imagen ó una parte de su gran ser.....”[2].

El *negro* en Buenos Aires es el habitante sucio de las villas del conurbano, el desfigurado por el soliloquio lábil de los trabajos y de los días, el ajusticiado socialmente porque en su rostro defectuoso Dios lo ha señalado. Y es también la mujer, en cuyos actos opera el discurso de la opresión histórica, y para quien su vida no es más que una nota al pie de la tradición occidental falocéntrica, en el ejercicio único de un rol reproductivo y doméstico.

Si la opresión y la desigualdad de clase y de raza han obrado a través de operaciones conscientes o inconscientes en las estructuras de dominación social, la desigualdad de género en Abya Yala vislumbra en la mujer el grito mudo de la violación gocífera y del abandono, de la abnegación sacrificial por los hijos o del trabajo mal remunerado. Pero descubre también la lucha, la militancia como ejercicio de resistencia de lo simiente que supone la fraternidad como mediación simbólica en la que se internaliza un tríptico categorial originario: *pueblo, tierra y estar-ahí-nomás*.

Que... el pueblo *está* en la tierra, *está aquí* “aferrado a la parcela cultivada, a la comunidad y a las fuerzas hostiles de la naturaleza”[3]: se afincan en-el-mundo como suelo nutricional, en lucha y resistencia ante las fuerzas del destierro globalizante, en el *piquete* que interrumpe la lógica del circular mundo homogeneizado y del *ser* esencialista euroamericano, oponiéndose con la lógica sapiencial de la propia tierra que hermana el sentido de lo comunitario.

Las fuerzas de la barbarie abyayalense afrontan la lógica de la *libertad* y de la *igualdad* con la translógica de la *liberación* y de la *diferencia* inter-cultural/étnica, en tanto la *fraternidad* dinamizadora no puede comprenderse sin el sentido seminal de la *pacha*, de la tierra como espacio simbólico, analógico y unificador que integra el conjunto de los intercambios socio-comunitarios.

Tal es que la Federación de Trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat (FTV) fuera constituida, desde el año 1980, conforme a la articulación y coordinación paratáctica de las experiencias de toma de tierras en La Matanza y Quilmes, consintiendo los antecedentes de las luchas campesinas en Misiones, Chaco y Santiago del Estero, así como de la lucha indígena por la misma causa.

En tanto se comprende al pueblo indígena, afrodescendiente o piquetero como partícipes activos *del bloque popular de los oprimidos*, es entonces preciso distinguir la problemática sustantiva por la que se advierte, en el seno de ese mismo bloque, la opresión padecida por las mujeres en el marco de un sistema de estereotipos hegemónicos, de una estructuración desigual de poder, distribución y reconocimiento de roles sociales, acceso al trabajo y educación, etc.

En Abya Yala la mujer nace del barro y es *pacha* que *está* resistiendo, en la barbarie que retorna una y otra vez a la tierra donde pertenece, destituyendo el sentido de la *toma de tierras* por el más significativo aún *recupero del hábitat*: ¿Quién es esa mujer que, desde el inmemorial y piquetero *estar-ahí-nomás* y de la simbólica función de dar vida como la tierra, alimenta y lucha, abriga y resiste?

Transitar desde la categorial *toma de tierras*, -desde la comprensión posesiva de lo simiente-, a la idea de *recuperación telúrica*, se condice con el proceso de recuperación histórica que la mujer piquetera hace de sí misma, en la lucha por liberarse habitando el mundo de manera igualitaria.

La interpretación de la *mujer militante* como eje problemático, precisa comprender la disposición de un conjunto de prácticas socio-comunitarias que acaecen de manera inconsciente, en tanto *ya están dadas*: la opresión legitimada por el *bloque social de los oprimidos* sitúa a la lucha femenina *en la periferia de los periféricos*.

La división sexual de la autoridad, la oposición jerárquica entre un dominio masculino de lo público y un ejercicio femenino del ámbito privado, son evidencias explícitas que Marcelo Barrera encuentra en las dificultades que conlleva conciliar la militancia política con las tareas tradicionalmente asignadas a la mujer en el hogar, transparentándose ello en una plétora de tensiones, conflictos y obstáculos que condicionan las posibilidades concretas de liberación con respecto a una matriz de dependencia naturalizada.

La articulación francesa: *libertad, igualdad y fraternidad* -formulada por la racionalidad iluminista moderna- ha de complementarse (lógica disyuntiva incluyente mediante) con el originario sentido de la tierra abayalense, en cuanto espacio simbólico en el que el pueblo *está*, oponiéndose a la lógica que privatiza en forma monopólica los medios de vida, y en la resistencia que vislumbra la fuerza depredadora y desterritorializante que devasta y atomiza la comunidad en conflicto, deviniendo con así el “hervidero terrible”.

El pueblo *libre* no abandona la liberación, esto es, la relación fraterno/sincrética pero crítica que supone el devenir de acuerdos y luchas por la distribución igualitaria de los medios de vida dados por la *pacha*, en orden a romper la estructura centro-periferia que supone la dependencia de los oprimidos. La resistencia y lucha de la mujer piquetera es el símbolo mismo con el que se trasluce analógicamente la *situacionalidad* de la tierra en tanto reducida al imperativo categórico de la opresión ego-falocéntrica que la devasta.

*Mujeres y militancia* de Marcelo Barrera, investiga el núcleo de dichas prácticas en la Federación de Trabajadores por la Tierra, la Vivienda y el Hábitat (FTV), con una interpretación magistral que revela el *estar-ahí-nomás* de la mujer que resiste en la tierra, ante el sistemático mecanismo de invisibilización y desplazamiento que la ob-liga a ejercer simultáneamente un rol político militante débil y un rol doméstico-reproductivo predominante.

Pero, la mujer libre no abandona su propia liberación...

*es piquetera*

---

[1] Rodolfo Kusch, *América profunda*. Buenos Aires, Ross, 2009, p. 11

[2]. Usos del concepto “raza” en Colombia. En: Claudia Mosquera, Agustín Lao-Montes y César Rodríguez (2010.), *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas negras*, pp. 389-440. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Universidad del Valle

[3] Rodolfo Kusch, *América profunda*. Buenos Aires, Ross, 2009, p. 109